


pero aun cuando no hubiese sorprendido los sentimientos secretos de la madre y la hija, las disposiciones de Luz no se habrían escapado á la penetración de sus miradas.

De los cuatro caballos disponibles, se eligieron dos para que sirviesen cuando se cansaran los primeros durante el camino, y las mujeres montaron en ellos con auxilio de los galanes. Dirigiéndose en seguida la vieja á los dos, les dijo :


— Caballeros, ustedes son responsables ahora de la vida y del honor de dos mujeres.

— Ojalá, y el primer precipicio te trague, condenada bruja, dijo Berrendo en voz baja, retorciéndose los bigotes.

Y la comitiva se puso en marcha para Tehuacán.



El Segador nocturno



Tehuacán está situado en el Estado de Oaxaca, Púcuaro en el de Valladolid, y no era entonces la empresa fácil atravesar, acompañado de mujeres ó con un cargamento de mercancías, la distancia de más de doscientas leguas, que separa ambas poblaciones. Era un viaje largo y peligroso. Además del riesgo que corría todo jinete armado, de que lo tratasen los españoles como insurgente, es decir que lo ahorcasen, sin más forma de proceso, del primer árbol que se encontrase en el camino, los viajeros pacíficos, los arrieros y los

comerciantes se hallaban sometidos á mil tribulaciones. La provincia de Oaxaca, sobre todo, á causa de su comercio con Puebla y con otras poblaciones, sufría más en aquella época que cualquiera otra provincia. La conducción de los convoyes servía de pretexto á los comandantes españoles para cometer toda clase de abusos odiosísimos. Cada pueblo, cada fuerte se hallaba sometido al pago de peajes. No sólo se satisfacían, según el capricho de los jefes, enormes cantidades, sino parecía que habían resucitado los antiguos derechos feudales: los comandantes exigen en su provecho y en el de sus soldados, un odioso tributo sobre las desgraciadas mujeres que se aproximaban á sus residencias.

Los viajeros debieron resignarse muchas veces á rodear camino, para evitar el paso por los puntos ocupados por los españoles, y sin la sagacidad de Andrés, es probable que no hubieran podido llegar á los confines del Estado de Oaxaca. Allí era donde debían presentarse las jornadas más peligrosas; felizmente, el rastreador, nativo de aquel Estado, conocía todas las veredas de los bosques y de las montañas, y aquel conocimiento práctico era de tal naturaleza, que evitó los nuevos peligros que amenazaban á la comitiva.

Durante el camino, la vieja maniobró muy hábilmente con los galanes; alentaba sucesivamente sus esperanzas. Incapaz de poner en práctica las lecciones de su madre, Luz había recobrado el porte modesto y reservado que era natural, y si Andrés no hubiese conocido el fondo de su corazón, nada en sus maneras para con él habría descubierto la pasión de que era objeto. La timidez de la joven produjo mejores resultados que la más refinada coquetería; el entusiasmo de los dos amantes había aumentado, y nada podía quitar á Berrendo la esperanza de triunfar de su rival. No había cesado de reinar la más completa armonía entre los viajeros, cuando dos circunstancias extraordinarias decidieron de la suerte de Andrés y prepararon el terrible desenlace de la tierna novela, cuyo prólogo había comenzado en Púcuaro.

Para mayor seguridad, la comitiva sólo caminaba de noche. Ordinariamente, las jornadas comenzaban al anochecer y terminaban al alba, y el sol, al salir, encontraba á los viajeros ocultos en alguna cabaña aislada, en el centro de un bosquecillo, ó en alguna soledad, lejos de todo tránsito. Una tarde, que debía ser la última antes de llegar á Tehuacán, los sorprendió la noche en la habitación de un indio zapoteco;

dieron á los caballos su ración de maíz, y no esperaban más que la cena para ponerse en camino. Andrés Berrendo hacían fuera los últimos preparativos de marcha, cuando llegó la madre de Luz, muy espantada, á suplicarles que á pesar de hallarse tan cerca de Tehuacán, retardasen la marcha hasta el día siguiente por la mañana.

— ¿Por qué? preguntó el rastreador sorprendido.

— ¿Por qué? dijo la vieja persignándose. El indio dueño de esta casa, vió anoche al *segador nocturno*, dice que lo encontraremos sin duda segando los campos de alfalfa, á la luz de la luna, con sus enormes tijeras. ¡Dios mío! sólo su vista me mataría de espanto, dijo la vieja azorada.

— Pues bien, aun cuando lo veamos, dijo Andrés, el *segador nocturno* no hace mal á nadie. Al contrario, el viajero cuyo caballo llega cansado, encuentra cogida la alfalfa. Así es, que no hay el menor peligro en los encuentros á la luz del día pueden ser más terribles que los nocturnos; de día no respondo de ustedes.

Esta consideración decidió á los viajeros, que emprendieran el camino de la última jornada. La creencia del *segador nocturno* es una de las viejas supersticiones acreditadas en el Estado de Oaxaca. Se refiere que

al principio de la conquista, que fué deshonrada con tantas crueldades, un caballero español, que se había hecho célebre por su ferocidad con los indios, encontró á uno segando la alfalfa. El caballero montaba un caballo fogoso, al que llevaba al galope, y pasando al lado del segador, exclamó:

— Amigo, ¿á qué hora llegaré á este paso á Oaxaca?...

— Á ninguna, contestó el indio.

En efecto, á corta distancia el caballo expiró de cansancio y de fatiga. El español, que no había comprendido que el indio quería decir que no llegaría nunca en aquel caballo, forzándolo de aquella manera, creyó que había hechizado al caballo, y volvió atravesando al indio con su espada. Este último asesinato colmó las iniquidades del español, que desapareció en aquella misma noche, condenado, dicen los indios, á fin de espantar á los que los maltratasen, á segar eternamente la alfalfa de los campos.

Por espacio de una hora de marcha silenciosa, los dos galanes saborearon con delicias, además de la embriaguez que producen las noches serenas de los hermosos climas, el inefable placer de velar sobre la persona amada. Ligeramente inclinada sobre el pes-

cuero del caballo, pálida con las fatigas del viaje, y cuidadosamente envuelta en su rebozo, como la flor del cytramonio, que cierra su cáliz durante la noche. Luz parecía más melancólica que de costumbre. Semejante á ciertas flores, cuyo talle hace indicar la tempestad, parecía tener cierto presentimiento de que su suerte iba á decidirse esta noche. En fin, al cabo de dos horas, la comitiva dejó los senderos ocultos que los viajeros habían seguido para evitar la oficina del peaje, y tomaron el camino real que conduce á Tehuacán. Algunas hogueras diseminadas en un inmenso valle, brillaban á lo lejos, y los viajeros pudieron distinguir á pocos momentos, muchos hombres que iban y venían afanosamente; varias mulas, atadas de las manos, saltaban á la luz de las hogueras, que iluminaban un campo, en que había esparcidos por todas partes innumerables tercios de mercancías. Reconociendo en aquellos indicios que los que acampaban en aquel punto eran arrieros, los viajeros se aproximaron á ellos con precaución, para preguntarles sobre el estado del camino hasta Tehuacán, en el caso de que hubiesen salido de allí en la misma mañana. Una parte de aquellos hombres se hallaban ocupados en remendar los tercios, cuya mayor parte habían sido destripados á cuchilladas, y cubrían el llano, dejando

ver su contenido. Había entre aquellos hombres uno, sobre todo, que dirigía á los tercios destrozados unas miradas desesperadas: debía ser el dueño de la *recua*.

— ¿Viene usted de Tehuacán, patrón? preguntó el rastreador.

— ¡Demonio! exclamó, ¡ojalá y viniese de allí! el valiente general Terán no me hubiera robado como...

— Hable usted sin temor; como esos realistas, nuestros enemigos.

— Como esos bandidos de Samaniego y de La Madrid, concluyó el arriero, que no contentos con haberme hecho pagar cinco pesos por cada mula, lo que me va á decir doscientos pesos de pérdida, creyeron conveniente tomar de estos tercios una muestra de los géneros que encierran. Estoy arruinado, y todo por la avaricia de esos dos ladrones españoles, que el infierno confunda.

Y el pobre hombre comenzó á suspirar y gemir, interrumpiéndose de cuando en cuando para exclamar, con los puños cerrados:

— ¡Ojalá, y el cielo me enviase dos ó tres ladrones de camino real, ó algunos oficiales ó soldados que me vengasen de esos bribones.

Apenas acababa de formular aquel deseo de ven-

ganza, cuando se oyó un tiro, y en seguida otro, cuya breve explosión anunciaba un pistoletazo.

— ¿Qué es eso? dijo el arriero.

— Pistoletazos, contestó Berrendo, y mire usted, precisamente el cielo le envía á usted un dragón español para que cumpla la venganza.

El arriero no pareció quedar muy satisfecho al ver realizados sus deseos.

— Caballeros, dijo, ¿dejarán ustedes degollar á un hombre arruinado?

Los dos amigos desenvainaron sus espadas al acercarse el soldado; pero en el acto las envainaron. El jinete vacilaba en la silla, con la cabeza hecha pedazos, y sólo el caballo lo conducía. Al pasar junto á nuestros viajeros cayó el dragón como una masa inerte, y no volvió á moverse. Berrendo se apoderó del caballo.

— Tómelo usted, dijo al arriero; será una pequeña indemnización.

— ¡Dios me libre! respondió el arriero.

El rastreador, con la mano sobre su ojo único, como para concentrar el rayo visual, miraba á lo lejos. La obscuridad le impedía ver; pero las tinieblas no obstruían en manera alguna su inteligencia.

— Esos dos pistoletazos, dijo, tuvieron el mismo

sonido: las pistolas con que se ha dado fuego han sido cargadas por la misma mano y con igual medida de pólvora; y la misma persona ha disparado los dos tiros. Esos jinetes, porque veo muchos, tienen armas de fuego; el desgraciado que acaba de caer ahí, tiene dos pistolas en las pistoleras. No oigo más que el ruido de las espadas; es que evidentemente quieren coger vivo á algún hombre, y tratan de desarmarlo sin herirlo. Oigo que pide auxilio; es un extranjero...

El oído de Berrendo no era tan fino como el de Andrés. No oía ni el ruido de las espadas, ni los gritos del hombre á quien atacaban, y vacilaba sobre lo que debía hacer, cuando Andrés se lanzó al galope en dirección al lugar en que se escuchaba el ruido, mientras que Luz permanecía inmóvil y pálida como una estatua de mármol. Berrendo, deseoso de distinguirse á su turno á los ojos de su querida, iba á seguir á Andrés, cuando los gritos de la vieja lo hicieron detenerse.

— ¡Virgen Santísima! exclamó, ¿va usted á dejarnos solas?

Quedóse, pues, Berrendo, mientras el extranjero continuaba pidiendo auxilio, con una voz que sus agresores se esforzaban en sofocar. Andrés azuzó su caballo, cuya rápida marcha felizmente no podía escucharse

en aquel terreno arenoso. Sin que lo sintiesen, pudo distinguir á tres dragones inclinados sobre un hombre tirado en el suelo, al que habían amarrado y querían ponerle una mordaza. Repentinamente cayó sobre ellos; era ya demasiado tarde cuando trataron de ponerse á la defensiva. Eran tres dragones españoles, y esta razón bastó á Andrés para no indagar si tenían razón ó no: sólo vió á unos enemigos, y á un pobre diablo que sucumbía bajo el número. Con dos pistoletazos echó abajo á dos agresores, disponiéndose á luchar con el otro; pero sea que el español conociese que sostenía una mala causa, sea que fuese naturalmente enemigo de toda explicación, se lanzó á toda prisa á su caballo, y maniobró con tal prontitud, que en un momento se perdió de vista.

Habiendo quedado dueño del campo, se apresuró á librar al extranjero de los lazos que lo sujetaban; su caballo yacía en el suelo, atravesado de una cuchillada, como un toro en la plaza, después del golpe del matador. Apoderándose del caballo de uno de los dragones, Andrés lo entregó al extranjero, que montó en él al instante. Cuando ambos volvieron, Luz murmuraba una ferviente oración de acción de gracias. Á pesar de sus deseos de venganza, el arriero temblaba

por haberlos visto realizados, y era tal aún en aquella época el terror que el nombre español infundía á la mayor parte de los criollos, que los arrieros no concebían cómo era posible que se hubiese tenido el atrevimiento de atacar á los soldados del virrey. El dueño del atajo suplicó, pues, á los viajeros, que se alejasen lo más pronto posible, por temor de que lo acusasen de complicidad con ellos, y supuesto que no podía darles ninguno de los informes que deseaban; y Andrés no tuvo inconveniente en acceder á los ruegos de aquel cobarde, dispuesto á deponer contra él más bien que á darle gracias por haberlo vengado. Lanzó, pues, su caballo, y al instante lo siguieron sus compañeros, á los que se había unido el extranjero. Éste era inglés y se llamaba Robinsón.

— Gracias, le dijo á Andrés; ha hecho usted á la causa de la independencia de su país y al general Terrán, un servicio más importante de lo que usted puede imaginarse.

Después de estos agradecimientos, formulados en términos misteriosos, el extranjero guardó un imperturbable silencio. Á algunas leguas de distancia, la comitiva, á la luz de la luna, iba á distinguir, en fin, las casas de Tehuacán, cuando el rastreador mostró

con el dedo, á sus compañeros, un espectáculo que los hizo estremecer de terror.

En un campo inmediato al camino, en medio de una espesa alfombra de alfalfa, sobre la que la luna proyectaba la sombra de algunos olivos de pálido follaje, un hombre inclinado en el suelo segaba silenciosamente, ó parecía segar, la alfalfa del campo. Un fieltro gris, con la falda levantada, adornado con una larga pluma, ocultaba sus facciones; una camisa con mangas muy anchas, un pantalón corto, sujeto á la cintura, daban al segador la apariencia de los antiguos retratos del tiempo de la conquista, que nos ha dejado el pintor español Murillo. La alfalfa ocultaba sus pies, y no podía verse si, como los personajes de aquellos retratos, se hallaba calzado con borceguies de cuero de Córdoba. Todos los viajeros se hallaban muy conmovidos, para observar fácilmente la singular aparición del segador nocturno. La luna hacía relucir entre sus manos las hojas de las enormes tijeras, que se abrían y cerraban sin ruido; en seguida, cuando un montón de alfalfa caía á sus pies, el hombre parecía registrar en su bolsillo, y con su mano abierta describía en el aire, á su derredor, un medio círculo misterioso; en seguida, tomaba sus tijeras, y la alfalfa cortada de nuevo, cubría la tierra á sus pies.

Á la luz de la luna pudo verse al rastreador que se ponía pálido, bajo la máscara bronceada de su rostro; pero sus narices abiertas y el fuego de su ojo, indicaban que si el temor se apoderaba de él, no era con detrimento de su infatigable sagacidad: aquel momento de aparente duda, lo empleaba en adivinar la naturaleza del segador nocturno y el motivo que lo hacía obrar de aquella manera.

— ¡ Jesús ! ¡ el segador nocturno !.. dijo la vieja en voz baja.

— ¡ Oh ! dijo el inglés, que no comprendía el sentido de aquellas palabras.

El rastreador sacudió la cabeza, y no contestó; á pocos momentos hizo una señal á sus compañeros para que permaneciesen inmóviles, se deslizó de la silla del caballo al suelo, sin hacer el menor ruido, y arrojó las riendas de su caballo á Berrendo.

— ¿ Qué va usted hacer ? le preguntó Luz espantada.

— ¡ Chit ! dijo, lanzándole una mirada, que probaba que la vista de un ser sobrenatural no le causaba el menor susto, y se inclinó entre los arbustos del camino, hasta el momento en que se encontró en línea paralela con el segador. Formaba el camino una barranca, y sus dos bordes se hallaban precisamente á

la altura de la cabeza de los viajeros. De esta manera podían ver casi todo lo que pasaba en el talud, sin resortes, empleando para ello algunas precauciones.

Mientras Andrés se detenía detrás de los arbustos, y lo consideraba con aquel ojo á cuya penetración nada se escapaba, el segador interrumpía de nuevo su obra para extender la mano sobre la hierba que había cortado. Entonces pudo escucharlo, que entonaba en voz baja una canción sorda y misteriosa, cuya letra era *ininteligible*, probablemente alguna canción del otro mundo.

Repentinamente desapareció Andrés : al mismo tiempo la sombra y el tronco de un olivo ocultaban al segador. La luna no alumbraba más que el campo de alfalfa, desierto y casi segado.

El inglés, que no estaba al corriente de la leyenda, esperaba impasible la vuelta de Andrés, cuando éste llegó con paso grave y medido, y tomó la brida de su caballo.

— He hecho mal en no llevar mi carabina; sabría en este instante á qué atenerme.

— ¿De qué sirven las balas contra las fantasmas? preguntó Berrendo en voz baja. ¿No vió usted cómo desapareció, á pesar de todas las precauciones y habilidad de usted?

— Si yo tuviera tiempo, sabría, aunque fuera un espíritu del aire, seguir su rastro; pero estarse aquí, sería exponerse á naufragar en el puerto, porque ahora mismo vamos á ver brillar la luna en los campanarios de Tehuacán.

Andrés montó su caballo, y los viajeros prosiguieron su camino á paso violento, para ganar los momentos perdidos. El rastreador guardaba silencio, y parecía profundamente absorto.

— ¿Qué no cree usted en el segador nocturno?... preguntó Luz, interrumpiendo sus meditaciones.

— Es un segador de carne y hueso como nosotros; los caballos no se han espantado al verlo, como dicen que hacen los animales al aspecto de un habitante de un mundo diferente del nuestro. Pero ¿qué hacía allí?

— ¡Vaya! ¡segaba! contestó Berrendo: cumplía su eterna expiación. ¿No ha notado usted su sombrero, con aquella pluma á la moda española de hace trescientos años?

— Es que representa un papel, le digo á usted, y cuando se desempeña un papel cualquiera, se busca siempre el traje adecuado; pero ¿por qué representa esa comedia? esa es mi pregunta. Un verdadero segador indio no se hubiera puesto ese sombrero con

plumas, aun cuando hubiese escogido esta hora de la noche; éste, pues, tiene interés en engañar ó espantar á alguno, continuó Andrés. En seguida, sublevándose con el orgulloso conocimiento de su penetración, contra un obstáculo en apariencia invencible: Yo sabré, exclamó, lo que hacía ese hombre ó fantasma. Dentro de una hora estarán ustedes con seguridad en Tehuacán; yo llegaré dos horas después.

Y sordo á las observaciones de las dos mujeres y de Berrendo, que creía ver en el segador nocturno una aparición sobrenatural, Andrés se volvió por el mismo camino al galope, y no tardó en desaparecer por segunda vez, como los caballeros errantes que, orgullosos de probar su valor indomable á los ojos de sus damas, se lanzaban sin vacilar á las más terribles aventuras.

Berrendo, el inglés Robinsón y las dos mujeres, se hallaban á corta distancia de Tehuacán; iban á encontrarse en seguida, cuando cosa de veinte hombres á caballo, que salían de la población, les cerró el camino. La luz del día iba á aparecer, y la barca que cada jinete llevaba, indicaba que iban á proveerse de forraje: tal era, en efecto, su misión. El jefe del destacamento interrogó á los viajeros. El caballo del dra-

gón español, que montaba el inglés, confirmó á los ojos del oficial la exactitud de los informes que le dió Berrendo en respuesta á sus preguntas.

Después de aquel encuentro, no tardó la comitiva en llegar á las primeras casas de Tehuacán, en donde la dejaré un instante, para decir qué era el viajero inglés, y seguirlo á la casa del general Terán. William Robinsón era dueño de un cargamento considerable de armas, que se hallaba á bordo de una goleta, anclada en la barra de Coatzacoalcos. Decidido á terminar un contrato de venta del precioso cargamento de su navío, con el primer comprador que se presentase, realista ó insurgente, el inglés había caído entre las manos de un comandante español, que escuchó las proposiciones de un arreglo, primero al contado, después á plazo. El comandante imaginó un medio más ventajoso para él: había proyectado quedarse con las armas del cargamento, sin pagarlas. La primera cláusula del contrato hizo sonreír al inglés, la segunda le causó alguna inquietud; y en fin, protestó con todas sus fuerzas contra la tercera. Como probablemente han de transcurrir muchos siglos antes que la razón del más fuerte deje de ser la mejor, el español notificó perentoriamente al inglés que no recobraría su liber-

tad, sino haciéndole una cesión en forma de su cargamento. Después de haberle dicho que debía considerarse feliz al conservar la goleta que lo conducía, el comandante del puerto, Villegas, puso preso al malaventurado comerciante. Disgustado éste de los realistas, pensó en Terán, y corrompió á los que lo custodiaban, ó más bien los pícaros fingieron dejarse corromper; y después de alejarse del punto, como habían recibido adelantada la suma estipulada por la evasión del prisionero, quisieron de nuevo conducir al inglés á su prisión, y lo habrían logrado, sin la feliz intervención de Andrés.

Á pesar de su elevación y de su creciente fortuna, el general Terán era accesible á todas horas, tanto del día como de la noche. El inglés no empleó más que el tiempo necesario para colocar á su caballo en la caballeriza, tomar un bocado, y en el momento en que los clarines tocaban diana, se presentó en la casa del general. Inmediatamente fué introducido á su presencia, y se encontró enfrente de un joven, cuyo rostro distinguido descubría, á la luz, afabilidad y una viva inteligencia. Era el general insurgente D. Manuel de Mier y Terán; estaba sentado delante de una mesa cargada de papeles y cartas geográficas, porque el

trabajo del día ya había comenzado. El jefe insurgente podía entonces disponer de algunos fondos, y acogió con alegría la proposición de Robinsón, que ofrecía cederle su precioso cargamento. Hallábase ocupado en discutir con el negociante las cláusulas del contrato, cuando se escuchó un ruido extraño en la plaza en donde los primeros rayos del sol alumbraban á dos regimientos acampados en ella por falta de cuartel. El general se aproximó á la ventana, para ver cuál podía ser la causa de aquel rumor.

— ¡Ah! dijo, son nuestros forrajeros que vuelven, más cargados que ayer; y ¿qué quiere ese hombre?

— Ese hombre, respondió el inglés, es Andrés Tapia, el rastreador. Fué el que me arrancó valerosamente de las manos de los españoles, y si gracias á las armas que yo traigo concluye la independencia, será á ese hombre á quien lo deba V. E.

Andrés gesticulaba y hablaba con mucha animación; mas á sus palabras contestaban con carcajadas.

— Si se dignase V. E. escucharlo, exclamó Robinsón, estoy seguro de que sería de su opinión.

— Veamos, dijo el general, dando orden para que condujesen á Andrés á su presencia.

Este, dirigiéndose á Terán, le dijo :

— Mande V. E. que se queme al instante todo el forraje que acaban de traer esos soldados.

— ¿Por qué?

— Porque nuestros enemigos emplean toda clase de armas contra nosotros, y se han aprovechado de una preocupación generalmente acreditada en nuestro país, para envenenar los forrajes, que se dicen cortados por el segador nocturno, que no se sospecha quién es. Esos forrajes nos costarán, lo afirmo, los caballos de un regimiento.

Andrés parecía muy seguro de lo que afirmaba. El general ordenó que se guardase provisionalmente el forraje, demasiado escaso para sacrificarlo ligeramente, hasta que se le hubiera dado á cenar á un caballo inútil, lo que al momento se ejecutó.

— Así, dijo Berrendo á Andrés cuando estuvieron solos, ese segador nocturno...

— No era más que un pícaro, que desempeñaba el papel que se le había designado, pero incapaz de luchar conmigo.

— ¿Y le confesó á usted que el forraje estaba envenenado?

— No me dijo una sola palabra; conversamos del buen tiempo y de las últimas lluvias, respondió Andrés, concluyendo de desensillar su caballo.

— ¿Y eso fué bastante?

— Ya lo creo: he adivinado el pensamiento de muchas personas, con menos palabras de las que él me dijo. Pude observarlo por algún tiempo sin que me viese, y cuando me acerqué ya sabía á qué atenerme:

— Amigo, le dije, me han enviado de extraordinario al comandante Villegas, para un mensaje importante; mi caballo está rendido de fatiga, y con un poco de alfalfa que me deje usted tomar recobrará las fuerzas, porque de otro modo no será posible que llegue esta noche, y se perderá el fruto.

Yo había previsto la respuesta: el segador me dijo que mi caballo llegaría mucho más pronto si comía en otra parte... porque... la alfalfa estaba verde, y húmeda con el rocío de la noche.

— Está bien, le respondí; me llevo el sombrero de un necio.

Diciendo estas palabras, le quité su sombrero de máscara, y aun no volvía de su asombro, cuando ya yo galopaba para alcanzar á ustedes, y convencerlos de que el segador nocturno no es más que un hombre pagado para envenenar la alfalfa de los campos inmediatos á los puntos ocupados por los insurgentes. De aquí á media hora iremos á ver en qué estado se encuentra el caballo que ha tomado su ración de alfalfa.

El resultado confirmó de todo punto el dicho del rastreador. El pobre animal no tardó en expirar en medio de las más horribles convulsiones causadas por el veneno, y una inmensa hoguera consumió bien pronto, en la plaza, hasta la última rama de alfalfa, que sin la intervención de Andrés habría sido tan fatal á la caballería de Terán.



IV

La Playa-Vicente



Habiendo llegado á Tehuacán, después de mil peligros, Andrés y Berrendo, se habían complacido de que continuarían en paz la lucha cortés, cuyo premio debía ser Luz. Menos de ocho días después de su llegada á Tehuacán, los encontramos á los dos cabalgando á cosa de sesenta leguas de distancia, en los límites del Estado de Oaxaca y del de Veracruz.

La estación de aguas había comenzado, y el país que atravesaban ofrecía el aspecto más triste y el más extraño. Del cerro Rabón, uno de los puntos más elevados de la Sierra-Madre, corren muchos riachuelos, que no tardan en reunirse en una masa que vuelve á divi-